

# “¡Todo está como lo imaginaba!”

Eledora Guerra

El veinticuatro de diciembre en Noche Buena, mi familia acostumbraba reunirse para pasar la Navidad juntos y celebrar que habíamos llegado a un año más. Cada año, mamá nos decía: “¡Cómo extraño a tu hermano!” Mi hermano mayor, José Luis, se encontraba en los Estados Unidos, y nunca nos podía acompañar en la cena de Noche Buena porque no tenía documentos para poder ir y volver al país. Cinco años fueron así, siempre extrañándolo, añorando e imaginando su regreso.

Siempre poníamos su plato de comida en la mesa, y aunque nadie se la comiera, siempre le describíamos los colores y sabores de la cena para que él pudiera imaginársela y saboreársela. Le contábamos de los famosos tamales de mamá, el queso amarillo, el jamón, y el chile colorado que raspaba en la garganta de lo bravo que estaba. A las doce de la noche, nos juntábamos en el sillón del salón para hacer la llamada que reunía a los cuatro miembros de la familia. Mi mamá, el hermano menor, Juan Carlos, y yo, la hermana mediana, nos comunicábamos con voces quebrantadas con José Luis por teléfono. Esas noches eran largas, dulces, nostálgicas, pero sobretodo muy hermosas porque siempre nuestros corazones permanecían unidos a pesar de la distancia.

El veinticuatro de diciembre del año 2009 a las doce de la noche, nos reuníamos como cada año era tradición. Los tres esperábamos la llamada de José Luis. Esa llamada era el aliento de felicidad, ya que un abrazo era poco complicado. A las doce y quince de la noche, el teléfono aún no sonaba; mamá desesperada comenzó a caminar por la casa; su preocupación empezaba a llenar la casa de una energía negativa. Juan, en el sofá pegado al teléfono, esperaba esa llamada para decirle a su hermano cuánto lo extrañaba. Yo en mi cuarto intentaba localizar a mi hermano. ¡Le rogaba a Dios que él estuviera bien! Tomé el celular de mamá y comencé a marcar ese número larguísimo para ver qué era lo que pasaba.

A las doce y media de la noche la llamada entró, pero el sonido del celular se escuchaba afuera de mi casa. Asomándome por la ventana, vi que ahí estaba José Luis con su maleta en mano y a punto de contestar la llamada. La emoción aceleraba mi corazón. Le grité a mamá y a Juan: “¡Vayan a la puerta! ¡Hay una sorpresa!” Al momento de abrir la puerta, vieron a José Luis. Las lágrimas de alegría comenzaron con la emoción de poder abrazarlo, de poder escuchar su voz, de poder verlo a la cara y decirle cuánto lo echábamos de menos. Por un momento nos olvidamos del tiempo, dejamos que las risas, abrazos, y los “te quiero” volvieran a unir a esos cuatro corazones.

Los cuatro juntos nuevamente celebramos el amor y la felicidad de volver a vernos. Los cuatro nos sentamos a la mesa. Por segunda vez cenamos, charlamos, reímos y lloramos, pero esta vez era diferente. La comida tenía otro sabor, otro olor. Esta vez la comida adquiría mejor sabor, el sabor del amor de familia. José Luis estaba ahí, y lo veíamos comer, como si quisiera recuperar todas esas Navidades que se había perdido. “¡Quiero más de los tamales rojos!”, era lo único que decía. Sus primeras palabras serias fueron: “¡Todo está como lo imaginaba!”